

# Mío Cid y sus barbas

El renteriano que recorre el Camino de Santiago se asombra al llegar a Burgos y tropezarse con la estatua ecuestre del Cid Campeador.

Eso es, al menos, lo que me pasó a mí la primera vez que la vi.

Ha pasado uno por el puente sobre el Arlanzón y contemplado las estatuas de la familia del Cid. Ya presente la cercanía de la Catedral, del Arco de Santa María y, ¿por qué no? de la Casa del Cordón.

Y se encuentra de buenas a primeras con la estatua del Cid. El Cid blande su espada Tizona, ¿o será la Colada?, y muestra unas desaforadas barbas que le llegan a las rodillas.

¿Le llegan verdaderamente a las rodillas o solamente hasta un lugar menos decoroso?

Lo primero que piensa uno es que esas barbas son completamente apócrifas.

¿Cuándo se ha visto que nadie tenga barbas semejantes? Parece que el artista ha querido poner en las barbas el contrapunto a las crines y la cola del caballo.

Estoy seguro de que los libros de la escuela lo representaban sin barba. ¿No había sellos de correo con un Cid barbilampiño? ¿Y las monedas



de cinco y diez céntimos de aluminio liviano? ¿O no era aquél el Cid, como creíamos, sino un guerrero ibérico anónimo?

Y, mira, por dónde, cae en mis manos el poema de Mío Cid.

Y me coge en un buen momento. Estoy leyendo a Berceo, el primer poeta de lengua castellana de nombre conocido. Pero cuando nació Berceo un poeta anónimo había escrito ya el "Cantar de Mío Cid". A pesar de que al final del poema se lee "Per Abat lo escribió", se sigue ignorando el nombre del autor. El que "escribía" era, por lo visto, el que copiaba. El autor era el que "hacía". Así se explica el mismo Berceo:

"Gonzalvo fué su nomne-qui fizo est(e) tractado natural de Berceo-ond San Millán fué nado" ...

- ¿Y qué dice el poema de Mío Cid?

- ¡Ah! Muchas cosas. Y me encuentro con que, entre otras, cita al menos veinte veces las barbas. Casi siempre las del Cid. Y un par de veces las del conde García Ordóñez, el Crespo de Grañón, "del Cid so enemigo malo".

Volvamos un poco atrás en el Camino de Santiago.

Cuando íbamos de Nájera a Santo Domingo de la Calzada, al avistar esta última ciudad, nos ha sorprendido ver, un poco más allá, un monte que nos recuerda al de San Marcos de Rentería. Nos dicen que es el Cerro de Grañón. Y al llegar a Grañón oímos que los naturales lo llaman "el Castillo de Grañón".

¿Es que tuvo aquí su castillo el conde García Ordóñez del poema?

Pero volvamos a las barbas del Cid de las que no debiéramos habernos alejado.

El poeta le llama al Cid "el de la barba vellida" y "el de la luenga barba" y otras veces, "barba tan complida".

¿A que va a tener razón todavía el escultor?

Al parecer había el Cid hecho voto de no cortarse la barba, porque dice el poema:

"Yal(e) crece la barba-e vale allogando;

ca dixera mío Cid-de la su boca atanto:

por amor de rey Alfonso-que de tierra me a echado

nin entrare en ella tigera-ni un pelo non avrié tajado

e que fablasen desto-moros e cristianos”.

No sólo se deja crecer la barba, sino que quiere que se haga famosa.

Y le debió crecer muy rápidamente, ya que le impresionó hasta al rey.

“... catándol(e) sedie la barba-que tan ainal(e) creció.

Maravillanse de mío Cid-cuantos que y(alli) son”.

Conforme avanza el poema, la barba va tomando más importancia. Cuando el Cid debe hacer un juramento, jura

“por aquesta barba-que nadie non mesó”.

La barba del Cid es extraordinariamente larga y, además, honrada. No se la ha dejado mesar por nadie. En cambio él ya se la ha sacudido a más de uno como luego se verá.

Cuando el rey convoca Cortes en Toledo para lavar la afrenta que los condes de Carrión han inflingido a las hijas del Cid, éste llega el último y va vestido de oros y ricas vestiduras. Lleva una cofia para sujetarse el pelo y, ¡oh asombro!, lleva la barba atada con un cordón, todo lo cual, curiosamente, le da aspecto varonil.

“Catando están a mío Cid-quantos ha en la cort, a la barba que avié luenga-e presa con el cordón; en sus aguisamientos-bien semeja varón”.

Solamente el Crespo García Ordóñez, íntimo de los condes de Carrión, intenta reirse del, pero le sale el tiro por la culata. Y así, cuando dice:

“dexóla crecer-e luenga trae la barba;

los unos le han miedo-e los otros espanta”...

salta el Cid como una vibora y le da su merecido. Así lo explica el poeta:

“Essora el Campeador-prisos(e) a la barba; por esso es luenga(dice)-que a delicio fo criada.

¿Qué avedes comde-por retraerla mi barba?

Ca no me priso a ella-fijo de mugier nada nimbla messó-fijo de moro ni de cristiana, como yo a vos, comde-en el castiello de Cabra.

Quando pris a Cabra-e a vos por la barba non í (alli) ovo rapaz-que non messó su pulgada”.

Ya hemos aclarado la enemistad del Cid con el Crespo de Grañón. Le mesó las barbas, humillándole, y permitió que todo el mundo se las mesara. Con el agravante de que el Cid era un simple infanzón, y se le subía a las barbas, y nunca mejor dicho, a todo un conde.

Como en el poema falta la primera hoja del códice, ésta se suple con parte de la Crónica de Veinte Reyes de Castilla, donde dice que el rey don Alfonso envió al Cid a cobrar los tributos al rey moro de Sevilla que era su vasallo. Mientras tanto, el Crespo de Grañón y otros caballeros cristianos ayudaron al rey moro de Granada a atacar al de Sevilla, a pesar de las cartas que les envió el Cid para que no lo hiciesen. Y así tomaron las tierras hasta el castillo de Cabra.

Cuando llegó el Cid, los derrotó en toda la línea, recuperó el castillo de Cabra, y le mesó las barbas al orgulloso y vengativo conde.

¿Cómo se le ocurriría a éste mentar la sogá en las Cortes de Toledo?

Cuando terminan dichas Cortes, el Cid se destaca:

“Allí se tollió el capiello-el Cid Campeador,

la cofia de ranzal-que blanca era como el sol

e soltaba la barba-e sacóla del cordón.

Nos(e) fartan de catarle-quantos ha en la cort”.

Ahora entendemos perfectamente la estatua del Cid en Burgos. El escultor había leído el Poema. Hizo suyo el asombro de los coetáneos del Cid. Y consiguió asombrarnos a nosotros con las desaforadas barbas, largas, amplias y agitándose al viento...



BURGOS